



EL MALESTAR DE AMÉRICA LATINA

Mauricio García Villegas*

5 de diciembre de 2023

Resumen

El malestar de América Latina no solo se explica por las ideologías, las injusticias, o la incompetencia de sus élites gobernantes, sino también por los odios, venganzas y envidias incubados en el corazón de los actores políticos. Así, aunque las emociones no explican todo lo que ocurre, ayudan a entender las luchas políticas. En este ensayo se analizan las tres “emociones tristes” que han tenido mayor peso en la historia del continente: el miedo, la desconfianza y el delirio político. Asimismo, se plantea que el antídoto contra las furias de la política está en las instituciones, así como en la educación y la cultura. Finalmente se esgrime el rescate del sentimiento americanista como instrumento para fortalecer las instituciones continentales y para reactivar el mito de unidad colectiva que arme un relato nuevo en torno a ideales comunes.

Introducción

El historiador Georges Lefebvre sostuvo que el entusiasmo y el miedo son las dos emociones dominantes de la Revolución francesa. Lo mismo se puede decir de muchos otros acontecimientos históricos. En alguna ocasión Margarita Garrido, una historiadora de las emociones, me dijo, a propósito de lo dicho por Lefebvre, que América Latina era, desde los tiempos de la colonia, un continente de mucha gente resentida y que ese hecho podía servir para explicar algunos de los males que han hipotecado nuestra esperanza, o buena parte de ella, en los últimos dos siglos. Las emociones no explican todo lo que ocurre, pero, con mucha frecuencia, ayudan a entender, iluminan.

Escribo este ensayo con esa intuición: la de mirar la historia, y en particular la historia política, a partir de las emociones de sus protagonistas. Para afinar esa mirada me valgo de Baruch Espinoza, el gran precursor de la modernidad, quien decía que el odio, la venganza, el miedo, la envidia y el resentimiento son emociones que apocan a las personas, les impiden florecer y ser felices. Por eso, por el efecto que producen, las llamé emociones tristes. Los países, como las personas, también experimentan esas emociones. Podría hablar aquí de las emociones tristes en Francia, un país que conozco relativamente bien, o más fácil aún, en Estados Unidos, pero hablo de América Latina¹ porque la conozco mejor y también porque creo que, como en el caso de la Revolución francesa, no se puede entender su historia, lo que ha pasado y también lo que ha dejado de pasar, sin tener

* Doctor en Ciencia Política de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y doctor honoris causa de la Escuela Normal Superior de Cachan (Francia). Es profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia.

¹ Ver más en: García Villegas, M. (2023).

en cuenta las emociones tristes de sus líderes políticos y del pueblo en general.

Mitos fundacionales, democracias y emociones políticas

Los pesares de América Latina no solo se explican por las luchas ideológicas, por las injusticias padecidas, por la incapacidad del Estado para controlar los territorios o por la incompetencia de sus élites gobernantes, aunque sin duda todo eso cuenta, sino también, y de manera más directa, por los odios, las venganzas y las envidias que se incubaron en el corazón de los actores políticos. No es posible entender, por ejemplo, la persistencia tozuda de la violencia política en Colombia sin tener en cuenta lo que Carlos E. Restrepo, un escritor del siglo XIX, llamaba “los viejos y queridos odios” entre conservadores y liberales.

Las emociones políticas no surgen solas, sino que dependen de los contextos históricos. Los actores políticos en América Latina no están más predisuestos que otros, en otras latitudes, a dejarse llevar por los odios y las revanchas. Han sido las circunstancias en las que han vivido, y en particular la falta de un orden político legítimo y efectivo, lo que ha despertado en ellos las emociones tristes. Ya lo decía Hobbes: a falta de un poder imperante, las pasiones más dañinas, como la desconfianza, la competencia y las ansias de gloria, se desatan. Rousseau dijo algo parecido, pero estimó que la barrera que contiene esas pasiones no es el miedo a un soberano implacable, sino la legitimidad expresada en la *voluntad general*. Ahora bien, la legitimidad es un concepto muy debatido, pero, en términos generales supone dos cosas: por un lado, obe-

diencia a las instituciones por razones de autoridad, no simplemente de disuasión por medio del empleo de la fuerza y, por el otro, una sociedad relativamente justa, o en camino de serlo, en la que, como decía Rousseau, los ricos no sean tan ricos que puedan comprar a los pobres y estos no sean tan pobres que se vean obligados a venderse a los ricos².

Hay algo de Hobbes y algo de Rousseau en las sociedades que han conseguido estabilidad democrática: un poder capaz de disuadir a los tramposos, por un lado, y unas reglas vistas como la emanación legítima del poder público, por el otro. Ambos objetivos han sido esquivos en América Latina y ese ha sido el caldo de cultivo en el que han florecido las pasiones políticas. Cuando los súbditos de un país viven en medio de un desbarajuste social en el que su suerte depende de la iniciativa individual para defenderse o para aprovecharse de los demás, los odios, las desconfianzas y las venganzas salen a flote. Cuando, en cambio, se vive bajo el imperio de normas claras, justas y dotadas de sanciones efectivas, los individuos que empiezan obedeciendo a regañadientes para no ser castigados, a fuerza de acatar, terminan obedeciendo por costumbre, sin hacer cálculos en su mente. El derecho y las instituciones pacifican a las personas.

Con la llegada de las repúblicas se deshizo el mito monárquico (la idea de pueblo unido a su rey y a su iglesia) y los lazos

² La importancia de políticas encaminadas a superar los altos índices de desigualdad en el continente es parte fundamental del malestar latinoamericano. De ahí la necesidad de crear un “nuevo contrato social” en los países de América Latina.

simbólicos que mantenían la obediencia a las leyes se rompieron, sin que fuese posible que el nuevo mito republicano alcanzara a ponerse en pie. En ese vacío de autoridad aparecieron los caudillos, sobre todo en el campo, que se aprovecharon de la sensación de inseguridad, del miedo al despojo, para erigirse como redentores. Los populistas actuales, herederos de aquellos caudillos del siglo XIX, se siguen valiendo del malestar popular para imponerse. En sus gobiernos se reproducen los males del antiguo régimen: clientelismo, privatización de las reglas y de los bienes públicos, jerarquización excesiva de la sociedad y un ambiente de corrupción y degradación administrativa. Como consecuencia de esto, en América Latina se suele pasar con una extrema facilidad del desgobierno al despotismo, de la anomia a la tiranía, de la guerra civil al caudillo. Hemos tenido una incapacidad lacerante para persistir en el espacio intermedio entre la anomia y el despotismo, es decir, el lugar donde se instalan las instituciones democráticas.

El populismo, además, con su emocionalidad totalizante, su desprecio por las instituciones y su condena a los disidentes, coloniza lo privado y desmantela los espacios públicos de consenso. En América Latina, ya lo decía Alain Touraine, la política invade todos, o casi todos, los ámbitos de la vida social (1988). Pero en las democracias constitucionales, lo decía Madison, hay que preservar un espacio en el que las diferencias políticas no cuentan, un espacio de consenso. Ese es el lugar de los mitos fundacionales y de las reglas constitucionales. Una sociedad estable y próspera necesita de reglas conectadas con un credo, con un mito que

convoque las almas en torno a ideales compartidos. Las nuevas repúblicas del siglo XIX tuvieron grandes dificultades para preservar ese espacio “sagrado”, no politizable, de la vida social. Daniel Pécaut, el intelectual francés que mejor conoce Colombia (una especie de Tocqueville colombiano), siempre ha dicho que lo que más le sorprende de este país es la falta de un mito unificador que amarre a los partidos y a los distintos grupos que componen la sociedad en torno a propósitos comunes. Algo similar se puede decir de muchos otros países de América Latina. En el siglo XIX, por ejemplo, los conservadores proponían un modelo de sociedad incompatible con el modelo que tenían en mente los liberales. Cuando los unos gobernaban consideraban a los otros como enemigos que debían ser castigados por todos los medios posibles, legales o ilegales, para impedir que su modelo prosperara. Algo parecido ocurrió durante buena parte del siglo XX, y sigue ocurriendo hoy, entre la izquierda y la derecha y, más aún, entre los partidarios de la democracia y los voceros de soluciones autoritarias. Cuando la lucha política se plantea en los términos de amigo/enemigo, los odios, las venganzas y los miedos se exageran, entre otras cosas porque, con mucha frecuencia, del resultado de esas luchas depende la vida misma de los actores sociales y políticos.

Miedo, desconfianza, resentimiento y delirio: emociones dominantes en América Latina

Son muchas las emociones tristes que pueden surgir bajo las circunstancias anotadas. Me concentraré en las tres que, a mi juicio, han tenido mayor peso en el continente: el miedo, la desconfianza y el



delirio político. Cada una atrae, como imán, otras emociones, sobre todo el odio y el resentimiento.

La historia de América Latina empieza con el miedo que produjo la conquista. Al horror de la rendición, con los pueblos indígenas destruidos y sus dioses vencidos, se agregó el pavor a las enfermedades causadas por los virus que trajeron los soldados españoles en sus cuerpos. Luego, cuando se instauró el régimen colonial, vinieron los miedos derivados de la religión que los españoles inculcaron en sus evangelizados, con el dios implacable del antiguo testamento, el infierno eterno, el demonio rondando para poner sus trampas, la miseria aplastante, el cobro abusivo de impuestos, la precariedad de la vida, las catástrofes naturales y las enfermedades, todo eso como castigos divinos. Con la llegada de las repúblicas aparecieron otros miedos: a la guerra civil, al caudillo y a perder a los padrinos por causa de los avatares de la política. El miedo al gobierno de los otros, con su partido opuesto, fue particularmente fuerte en buena parte del siglo XIX. Los conservadores le temían a la sublevación del pueblo.

El imaginario que despertó la Revolución francesa, con Robespierre y su empresa del terror, sirvieron para alertar contra las masas populares y sus odios atizados por los liberales. Estos últimos, por su parte, sentían un miedo recíproco frente a los conservadores por impedir el cambio, conculcar el progreso y condenar a todo un pueblo a seguir en el oscurantismo. En las élites sociales, liberales y conservado-

ras por igual, le temían a la posible llegada de una sociedad igualitaria³.

La desconfianza es otra emoción triste que tuvo, y sigue teniendo, mucho arraigo en América. Sus orígenes también son remotos. En la colonia, con sociedades muy desiguales en las que unos pocos concentraban casi toda la riqueza y el poder, y la gran mayoría vivía en la miseria o al borde de ella, la desconfianza era la primera norma del manual de defensa personal. Los indígenas aprendieron a desconfiar de los españoles desde muy temprano y se hicieron indescifrables para reducir el abuso. Los mestizos, que poco a poco se fueron haciendo mayoría, crecieron con la sensación de vivir en una sociedad que no les pertenecía: no eran indígenas, con una identidad clara y leyes que los protegían, ni eran españoles o criollos, aunque de todos ellos tenían algo. De esa sensación de ajenidad viene su falta de compromiso con la sociedad y con sus reglas, su “viveza criolla”⁴ y también su recelo con lo público y lo institucional.

La desconfianza y el odio se encadenan. En la rebeldía política actual (y en la de siempre) hay una buena dosis de desconfianza, resentimiento y rabia contra los poderosos, o simplemente contra los po-

³ El miedo y su importancia en la vida social y política de los países del continente también aparece en la actualidad: el miedo a los jóvenes de barrios populares, por ejemplo, remite al viejo tema del “miedo al pueblo”, que viene desde el siglo XIX con el imaginario conservador del “terror” en la Revolución francesa.

⁴ Los términos “viveza” o “viveza criolla” se conocen a lo largo de todo el continente y reflejan una actitud de aprovechamiento individual de las circunstancias, con algo de picardía y de malicia. Al respecto, ver mi libro *El orden de la libertad* (2017).

seedores. La rebelión contra el poder injusto se ha mezclado con la escueta ira de los subordinados. De las 117 elecciones presidenciales que ha habido en América Latina entre 1986 y mediados de 2023, la oposición ha salido victoriosa en 68, es decir, en el 58% de los casos. Si se toman los últimos comicios presidenciales celebrados en 16 países hasta julio del 2023 (sin tener en cuenta a Nicaragua y Venezuela, por no ser países democráticos) solo en Bolivia y en Paraguay ganó el partido de gobierno. Alguien puede ver en esto un signo de fortaleza de la democracia (gana la oposición y las instituciones permanecen) pero también refleja la insatisfacción de los votantes con sus gobiernos.

En las protestas callejeras de las últimas décadas hay mucho de inconformidad y de reclamo, pero suele haber otro tanto de desconfianza y de rabia contra los que mandan o tienen poder. El reclamo tiene palabras para nombrarlo y por eso se dice y se explica. El resentimiento, en cambio, solo es una rabia muda clavada en el pecho del desdén. El encanto que han producido las ideas anarquistas en el continente puede tener anclaje en el sentimiento, tan latinoamericano, de que ningún poder es bueno, de que nadie sirve. “¡Que se vayan todos!”, gritaban en las calles de Buenos Aires en los meses del “corralito” y gritan ahora, cuando escribo esto y Milei quiere dismantelar el Estado.

Cuando el resentimiento está asociado con la injusticia se puede canalizar por las vías de la protesta política, pero cuando solo depende del odio se convierte en un impulso destructivo. Tal vez por eso las distinciones entre la rebelión y la revuel-

ta, entre el guerrillero y el bandolero o entre el movimiento social y el vandalismo son menos claras de lo que la gran mayoría de los teóricos de la emancipación social en América Latina están dispuestos a reconocer.

La tercera gran emoción latinoamericana es el delirio, que también heredamos de los españoles del siglo XVI. El Barroco no solo es estético, sino también cognitivo, en el sentido de que no diferencia bien entre lo real y lo imaginario. Don Quijote y Segismundo no saben si lo que viven es un sueño. La conciencia de realidad es dudosa y por eso la imaginación se instala en ella como si viniera de la experiencia misma. La imaginación de los conquistadores, por ser barrocos, ya era grande cuando llegaron a América y se ensanchó aún más con lo que vieron en estas tierras: árboles inmensos, pájaros multicolores, peces extraños, fieras nunca vistas, insectos inauditos, mujeres indígenas semidesnudas, culturas humanas insólitas. El testimonio fiel de esas visiones fue plasmado en los escritos fantasiosos de los relatores del Consejo de Indias. La literatura latinoamericana, tal vez el producto más original y noble de estas tierras, se nutre de esa imaginación desbordada, de ese delirio.

La política también se alimenta de la imaginación. Una prueba de ello es la cantidad de gobernantes que han transitado, con toda naturalidad, de la literatura a la política. Entre 1885 y 1930 Colombia fue gobernada por gramáticos, entre los cuales estaban Rafael Uribe Uribe, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez y Rafael Núñez. En otros países, aunque quizás en menor

medida, muchos llegaron al poder, como Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, José Luis Bustamante y Rivero en el Perú, Rómulo Gallegos en Venezuela, Ramón Maximiliano Valdés en Panamá, Carlos Alvarado Quesada en Costa Rica, Alfredo Sayas en Cuba y Juan Bosch en República Dominicana. Otros intentaron ser presidentes, entre ellos el más famoso es José Vasconcelos, en México, y muchos más fueron intelectuales con veleidades poéticas y literarias, como don Andrés Bello en Chile, Luis de Silvestre y Hernando Téllez en Colombia⁵.

La cercanía entre literatura y política, o mejor, la colonización de la política por el delirio ha hecho desastres en América Latina. Son innumerables los proyectos utópicos que han hecho carrera en el continente: utopías indigenistas, como la de Mariátegui en el Perú; católicas, como la de Moreno en Ecuador o Miguel Antonio Caro en Colombia; progresistas, como la de Domingo Sarmiento en Argentina; liberales, como la de Eloy Alfaro en Ecuador o las de los liberales doctrinarios del Perú en el siglo XIX; comunistas, como la de Castro en Cuba; culturales, como la de Vasconcelos en México; americanistas, como la de Martí y Enrique Rodó; reformistas, como la de Porfirio Díaz en México; nacionalistas, como la de Perón en Argentina o Lázaro Cárdenas en México; nacional-agraristas, como la de Víctor Paz Estensoro en Bolivia; jacobinas, como la de Plutarco Elías Calles, también en México; de limpieza social,

como la de Pinochet en Chile o Videla en Argentina; neoliberales, como la del mismo Pinochet y en muchos otros países; reformistas, como la emprendida por José Batlle y Ordóñez en Uruguay y, cómo no, frustradas, como la de Jacobo Árbenz en Guatemala. “En América Latina, dice Carlos Granés, nuestro mejor arte copia nuestra peor política”, y no hay que descartar, agrego yo, que nuestra peor política copie nuestro peor arte.

Construir futuro en América Latina, poner el acento en las semejanzas

Nada importante se hace sin pasión, como dijo Hegel. Pero también es cierto que lo importante puede quedar frustrado por una pasión desbordada. Desde los griegos sabemos (con Esquilo y su *Orestíada*, por ejemplo) que el antídoto contra las furias de la política está en las instituciones. También sabemos, sobre todo por los autores de la Ilustración, que no solo las instituciones son importantes, sino también la cultura y en particular la educación sentimental. Estos son los anticuerpos contra las pasiones que corren por las venas del alma.

Voy a terminar este ensayo con una idea que conecta estas dos recetas: la pasión y la regla. Me refiero al americanismo, un pensamiento que desarrollaron los jesuitas del siglo XVIII cuando fueron expulsados del continente y que ha sido evocado por muchos otros líderes, desde los próceres de las independencias a principios del XIX, como Simón Bolívar, hasta poetas y pensadores, como José Martí, Enrique Rodó, Alfonso Reyes y Andrés Bello, pasando por científicos ilustrados como el barón Humboldt. Según todos ellos, en la América hispánica vive un mismo pueblo,

⁵ En las elecciones regionales colombianas de octubre de 2023 el escritor William Ospina aspiró a ser el gobernador del departamento del Tolima. Para una visión continental de este fenómeno, ver Rama: 1984.



con una manera similar de sentir y de ver el mundo. Ese pueblo, sin embargo, está hoy segmentado y no exagero demasiado si digo que esos segmentos parecen parroquias amuralladas por las fronteras imaginarias del derecho y la soberanía.

Es cierto que entre los países de América Latina hay diferencias de raza, costumbres, acentos y tradiciones, para no hablar de pasados históricos, climas y geografías. Pero esos contrastes son epidérmicos y no solo se encuentran entre los países sino al interior de cada uno de ellos. La diferencia entre un guajiro y un pastuso, en los polos opuestos de la geografía colombiana, es tan grande como la que hay entre un chileno y un guatemalteco, o entre un brasileño de Belem y otro de São Paulo. En todo caso, como digo, son diferencias superficiales. En el fondo está lo esencial: una manera similar de concebir el orden social, la autoridad, la vecindad, la ciudadanía, la comunidad, el miedo, el resentimiento, la desconfianza, la rebelión, la ilegalidad; una misma forma de entender el poder político, sus fines y sus métodos, así como de manipularlo y de dejarse manipular por él; un mismo sentido para valorar lo privado, la familia, la amistad y también lo público, los bienes colectivos, el interés general; una misma concepción de lo justo y de lo injusto, y de la relación que ambas cosas deben tener con obedecer o desobedecer las leyes; una misma concepción religiosa de la realidad social y una manera muy similar de ver lo que vale y lo que no vale la pena en la vida.

A los latinoamericanos les cuesta trabajo ver estas semejanzas, pero los casi treinta millones que han emigrado a Europa, a

Estados Unidos o a Oriente saben muy bien lo parecidos que son. No solo eso, los extranjeros también los ven así: para un europeo o para cualquier otro habitante de un continente lejano, todos los latinoamericanos se parecen y por eso se perciben como parte del mismo grupo cultural. En realidad, los únicos que creen que son distintos y que sus diferencias son insalvables son los que viven en Latinoamérica, incrustados en el tejemaneje de la vida nacional de sus países. No hay ninguna otra región del mundo en la que se asiente un pueblo tan grande (650 millones de habitantes), con el mismo pasado, la misma lengua, la misma religión y la misma cultura, y que, sin embargo, se encuentre dividido en tantos países.

Ni siquiera Brasil es una excepción. Es cierto que su siglo XIX fue muy distinto, con una monarquía exitosa que consolidó la unidad nacional, pero las raíces peninsulares de su cultura, como lo muestran Sérgio Buarque de Holanda o Paulo Prado en sus libros (2016; 2012), hacen que la gente, el mestizaje, las relaciones sociales y el funcionamiento de las instituciones parezcan rasgos hispanoamericanos. El hecho de que se hablen lenguas distintas es, sin duda, una barrera para la comunicación, pero no debería serlo. Con poco esfuerzo, los niños de ambas partes podrían aprender las dos lenguas sin dificultad, pero el autoengaño de pensar que no se necesita tal cosa porque las lenguas son cercanas ha aislado a Hispanoamérica de Brasil como si fueran territorios con gentes y culturas extrañas. No hay razón para semejante desencuentro que, a mi juicio, es uno de los “costes de oportunidad” más esterilizantes de nuestra historia común.



¿Por qué la unidad ha sido tan esquiva en América Latina? ¿Por qué Europa, con credos religiosos, lenguas y culturas muy distintas han hecho progresos importantes en la unidad continental, y nosotros, sin esas diferencias, no lo hemos logrado? Aquí no tengo espacio para responder a esta pregunta, pero diré algo puntual y parcial: la escasez de guerras internacionales ha hecho que las élites de cada país se desentiendan, o casi, de sus fronteras y de sus vecinos. En Europa, en cambio, las guerras llevaron a la colaboración. Desde la Segunda Guerra Mundial no se había visto tanta unidad como ahora, con la guerra en Ucrania. En América Latina la seguridad de las fronteras hizo que los países se concentraran en sus asuntos internos. Somos un continente pacífico, por fortuna, pero esa paz nos ha impedido ver más allá de las patrias. No hemos tenido guerras internacionales (guerras civiles sí, y muchas) pero tenemos problemas regionales de grandes magnitudes como las migraciones, la pérdida de la biodiversidad y el narcotráfico, los cuales nunca se resolverán sino a partir de una visión de conjunto. La protección de la Amazonía, por ejemplo, que es un problema planetario, nunca se logrará mientras los ocho países involucrados en ese territorio sigan actuando de manera independiente y según los gobiernos de turno. Nuestros problemas son como enfermedades endémicas, que no amenazan nuestra existencia, pero la malogran, como esas yagas del cuerpo que nunca sanan.

En América Latina hemos pasado demasiado tiempo concentrados en lo que nos separa, amurallando los pueblos y conviviendo en medio del “narcisismo de las pequeñas diferencias”. Ya es hora de que

pongamos el acento en nuestras semejanzas, de que recuperemos el sentimiento americanista de otras épocas, de que elevemos la mirada por encima de las cordilleras, los mares y las islas, y de que pensemos como una nación, con instituciones englobantes que se pongan por encima de las inevitables diferencias políticas de los gobiernos.

Vuelvo a la idea que dio inicio a este apartado: el rescate del sentimiento americanista, hoy disuelto en el tejemaneje local de las naciones, podría servir, en primer lugar, para fortalecer las instituciones continentales, creando nuevas reglas y nuevas instancias de solución de conflictos y progreso, y, en segundo lugar, podría servir para reactivar el mito de unidad colectiva, para armar un relato nuevo que una a la gente en torno a ideales comunes: la protección de la Amazonia, del mar Caribe, de la cordillera andina; la lucha contra la desigualdad social; la erradicación del narcotráfico; la cooperación internacional; el desarrollo económico, etc. Esta unidad sería una receta contra el olvido y la soledad, tan evocadas por nuestros poetas. El regreso a la nación continental, o por lo menos a una confederación de naciones, nos daría una voz creíble y con ella nos apañaríamos una autoestima para salir del ostracismo actual.

Soy consciente de que todo esto parece un sueño, una utopía más, de esas que antes critiqué. Pero no es así. Es cierto que, en los momentos actuales, el americanismo parece inalcanzable y en eso se parece a los proyectos utópicos de la política continental. Pero a diferencia de estos, el americanismo no propone un modelo



maximalista, perfeccionista o excluyente de sociedad. Ampliar el imaginario de unidad nacional y diseñar nuevas instituciones de regulación es algo factible, como lo prueba la existencia de la comunidad europea. Es un ideal lejano, difícil de conseguir, es cierto, pero es un ideal posible y deseable. Todo lo utópico es difícil de alcanzar, pero no todo lo que es difícil de alcanzar es utópico. Algún día, estoy seguro, el americanismo volverá sobre sus fueros. No necesariamente para hacer del continente un solo país, pero sí para activar el sentimiento de comunidad y para crear reglas efectivas de unidad continental. La pregunta que me hago es, ¿cuánto olvido, cuánta irrelevancia, cuánta corrupción y cuánta violencia necesitamos antes de que eso se logre? Ojalá no tengamos que vivir otros 200 años de soledad.



Conclusiones

- Estudiar las emociones en la historia de América Latina es algo que ayuda a entender la terrible persistencia de nuestros conflictos y nuestras violencias, el fracaso abrumador de los proyectos colectivos y la enorme dificultad que tenemos para cerrar la brecha entre los ideales y los hechos, lo que se promete y lo que se hace. Por eso hay que promover el estudio de la historia y, en particular, de la historia de las emociones.
- Una sociedad estable y próspera necesita de una combinación de reglas y pasiones. En América Latina ha habido mucho de lo segundo y poco de lo primero. Las instituciones han funcionado de manera deficiente y eso ha desencadenado pasiones que han devorado a los pueblos con las furias de los conflictos políticos y las guerras civiles. En América Latina hay que redoblar los esfuerzos destinados al fortalecimiento de instituciones autónomas, independientes de los partidos políticos y fundadas en principios técnicos y de interés general.
- La educación y la cultura ciudadana son, con lo institucional, el otro componente necesario para aplacar los ánimos, avivar la cooperación, fortalecer los consensos, crear espacios públicos de encuentro, vigorizar la idea de lo público y renovar la esperanza. Hay que hacer lo posible por fortalecer, en todo el continente la educación pública de buena calidad. Este propósito está siendo amenazado por el crecimiento de la educación privada de élite, del cual se deriva una situación de apartheid educativo, con ricos y pobres estudiando por separado y los segundos recibiendo una educación de menor calidad. La educación pública pluriclasista contribuye al mejor entendimiento entre las clases sociales y al logro de consensos democráticos (Cárdenas, Fergusson y García Villegas, 2021).
- Estas dos recetas, instituciones y cultura, no se consiguen por decreto. Requieren de condiciones materiales favorables entre las cuales la más importante es la igualdad social. La reducción del peso que las emociones tristes tienen en la política latinoamericana no se conseguirá si no se hacen grandes esfuerzos en favor de la igualdad, de la ampliación de la clase media y de la eliminación de los privilegios y las segregaciones que actualmente existen.
- El americanismo es un pensamiento que vale la pena rescatar. Muchos de los problemas continentales (destrucción de la naturaleza, debilidad de los países ante la comunidad internacional, ausencia de proyectos colectivos, etc.) podrían tener una solución si los países se unieran, por ejemplo, en una confederación de Estados con un mercado común, una moneda única y unas instituciones supranacionales soberanas y operantes. El americanismo, además, reactivaría la imaginación social y la autoestima colectiva. Este ideal parece inalcanzable, al menos por el momento, pero no lo será en el futuro y mientras más pronto lo empecemos a ver como un sueño posible y redentor, tanto mejor.



Referencias bibliográficas

BUARQUE DE HOLANDA, S. (2017): *Raíces de Brasil*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor.

CÁRDENAS, J.C., FERGUSSON, L. y GARCÍA VILLEGAS, M. (2021): *La quinta puerta*, Bogotá, Ariel.

GARCÍA VILLEGAS, M. (2017): *El orden de la libertad*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

— (2023): *El viejo malestar del Nuevo Mundo*, Madrid, Planeta.

LEFEBVRE, G. (1988): *La grande peur de 1789. Suivi de Les Foules Révolutionnaires*, Paris, Armand Colin.

PRADO, P. (2012): *Retrato do Brasil: ensaio sobre a tristeza brasileira*, São Paulo, Companhia das Letras.

RAMA, Á. (1984): *La ciudad letrada*, Hannover, Ediciones del Norte.

TOURAINÉ, A. (1988): *La parole et le sang: politique et société en Amérique latine*, París, Éditions Odile Jacob.

Fundación Carolina, diciembre 2023

Fundación Carolina
Plaza del Marqués de Salamanca nº 8
4ª planta, 28006 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_17.2023

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

